

LA OBRA ENSAYISTICA DE MARIANO PICON SALAS

Por ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

Mariano Picón Salas (1901-1965) es, sin la menor reserva, una de las figuras fundamentales del pensamiento venezolano, y latinoamericano en general, de la misma talla de los grandes pensadores y ensayistas del Continente, como José Enrique Rodó, José Carlos Mariátegui, Eugenio María de Hostos, Aníbal Ponce, Juan Montalvo, José Vasconcelos, Juan Marinello, Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes, entre muchos otros. El es uno de los más prominentes herederos de una tradición venezolana y continental, la del pensamiento y el ensayo, que en nuestro país y en todo el Continente predominó en la actividad intelectual durante el siglo XIX.

Los escritores de entonces, algunos actuantes directos en las guerras de independencia, otros nacidos durante la contienda o poco después de ella, tuvieron un alto grado de conciencia acerca de la tremenda responsabilidad que se echaba sobre sus hombros, de reconstruir intelectualmente los países que la lucha armada había casi destruido en todos los órdenes. De ahí que su preocupación primordial fuera la de crear las instituciones republicanas, y dotar a nuestros países de una educación y, en general, de una cultura propias. Por ello, sin duda, durante el siglo XIX se cultivó con prioridad el género ensayístico entre nosotros, por encima de la poesía y la narrativa.

Este predominio del pensamiento conceptual sobre la imaginación literaria va a ir cediendo, a medida que los países surgidos de la destrucción del imperio colonial español vayan alcanzando un determinado grado de madurez, y sobre todo a medida que se vaya desarrollando nuestra actuación independiente y soberana en el concierto mundial de las naciones. Entonces la meditación va cediendo a la imaginación, y aunque el ensayo no desaparece, alternará más que antes con la poesía, el cuento y la novela.

La llegada del siglo XX no significa que todos aquellos problemas, secuela directa e inmediata del período de la Independencia, pero también herencia de los trescientos años de dominación hispánica, hubieran sido superados. Todo lo contrario, subsistían muchos de los graves males implicados en dichos problemas, sobre todo la presencia en casi todos los nuevos estados soberanos de dictaduras caudillescas, que practicaban la más brutal represión de los derechos ciudadanos,

así como la corrupción, manifestada ésta sobre todo en el saqueo de los dineros públicos.

Además, con muy pocas excepciones, en los países hispanoamericanos no existían verdaderos sistemas de enseñanza, o los que existían eran demasiado elementales, primitivos e ineficaces. El analfabetismo alcanzaba cifras aterradoras. Sin embargo, aunque de modo rudimentario, las instituciones habían comenzado a funcionar, las economías nacionales, en la práctica aniquiladas por las guerras liberadoras, comenzaban poco a poco a recuperarse, y aunque mediatizada por diversos factores, la soberanía de nuestros países se iba fortaleciendo paso a paso.

Para los albores del presente siglo ya puede decirse que teníamos países más o menos organizados. Sin embargo, como los problemas que subsisten son muchos, y muy graves, subsiste con ellos la tradición ensayística del siglo pasado, compartiendo ahora honores con los demás géneros literarios. Los ensayistas y pensadores del pasado encuentran un digno relevo en nuevas generaciones de pensadores y ensayistas, que con el tiempo van adquiriendo, además, un absoluto dominio de su oficio. Mariano Picón Salas es uno de los más conspicuos representantes de esas nuevas generaciones de escritores, que tienen en el ensayo su principal medio de expresión y de comunicación.

Entre estos nuevos ensayistas latinoamericanos —y Picón Salas es ejemplo muy vivo de ello— se va a dar una perfecta integración entre la densidad del pensamiento, abocado al estudio y solución de los graves problemas de nuestras nuevas sociedades, y la exquisitez estética de la escritura. Para ellos, poseedores en cierto grado de una conciencia profesional del oficio de escritor, ya no se trata sólo de lo que tienen que decir, sino también de cómo van a decirlo.

LA JUVENTUD BIEN APROVECHADA

Mariano Picón Salas nació en la provincia venezolana, en una entonces pequeña ciudad de los Andes, Mérida, de larga tradición cultural desde los tiempos de la Colonia, sede de la segunda universidad que se fundó en nuestro país, la hoy conocida y prestigiosa Universidad de Los Andes. El joven merideño dio muestras muy pronto de una gran inquietud intelectual, por lo que fue enviado a Caracas, donde había mejores condiciones para el inicio de una carrera como la que sus talentos hacían esperar de él. Pero pronto comprendió que la situación de Venezuela, sumida en una de las más feroces y primitivas dictaduras de toda su historia, la de Juan Vicente Gómez, era poco propicia a sus aspiraciones, por lo que, después de regresar a Mérida por un tiempo, decidió irse a Chile, donde las condiciones eran más favorables para el estudio y la formación intelectual. Tenía entonces Picón Salas veintidós años, y en ese país hubo de permanecer, desde 1923 hasta la muerte del dictador, en 1935.

Su formación académica superior tuvo lugar, pues, en la Universidad de Chile, la misma que había fundado y regido Andrés Bello. Hecho muy feliz para él, no sólo por la auspiciosa coincidencia, sino también porque, en efecto, la Universidad chilena reflejaba un nivel de adelanto que no habíamos alcanzado

en Venezuela, ni en casi ningún otro de los países de Hispanoamérica. Pudo, así, el joven venezolano adquirir una formación muy rigurosa, al mismo tiempo que abierta a la cultura universal. De tal suerte que aquel espíritu, que desde muy temprano había dado muestras de un gran interés y una gran curiosidad por todas las cosas, pudo de ese modo asomarse a los problemas del mundo, sin encerrarse en el regionalismo y el provincianismo esterilizantes que predominaban en nuestros países de menor desarrollo intelectual. A ello debemos, pues, el hecho de que Picón Salas haya sido uno de los escritores de mayor aliento universal que hayamos tenido, y que su comprensión del mundo no haya estado signada por complejos de inferioridad, como los que suelen afectar a muchos de nuestros escritores demasiado alienados por el regionalismo y el provincianismo.

A lo cual, además, contribuyó luego que, una vez regresado a Venezuela, Picón Salas tuviese ocasión de viajar a los Estados Unidos y a Europa, en el desempeño de importantes funciones diplomáticas y culturales. Su experiencia europea le fue útil en sumo grado, sobre todo porque transcurrió en los años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial, período de gran importancia en la historia de la humanidad, en que se puso de manifiesto una de las grandes crisis de la civilización contemporánea, que él asimiló con aguda inteligencia y perspicacia. De esa etapa de su vida salió uno de sus libros más significativos, "Europa-América", serie de penetrantes ensayos acerca de la relación entre los dos continentes, la situación que se vivía en los países europeos, y el destino histórico que a partir de entonces se abría tanto para la Europa amenazada de destrucción por la guerra, que era inminente, como para la América que surgía, ante los ojos de muchos hombres y de muchos pueblos, como el refugio de la civilización en el futuro inmediato.

De lo que significó para Picón Salas ese contacto con Europa, y la visión del mundo que le proporcionó más allá de las lecturas, él mismo nos ha dejado testimonio en el prólogo que, en 1946, escribió para una nueva edición de ese libro, cuya primera publicación data de 1937. Allí dice, en efecto:

Para el arte de la prosa o de la arquitectura, para una tesis universitaria como para un diagnóstico médico nos era así necesario el contacto de Europa como los romanos de hace veinte siglos a pesar de su poder, seguían aceptando la norma ideal de Grecia. Los mejores espíritus de las dos Américas, de Jefferson a Bolívar, de Emerson a Rubén Darío, descubrieron lo americano presentando como supuesto previo los métodos y el instrumental europeos. De un americanismo cerrado surgían frecuentemente en nuestra producción intelectual aquellos mazacotes de quienes suponen que se puede escribir Historia del Perú o de Chile sin conocer la Historia Universal. Quien carece de punto de comparación ni siquiera ve lo próximo, y en el peor de los casos es preferible ser *diletante* con los sentidos dispuestos a captar todo lo humano, que topo encerrado en su cueva sin ojos ni apetito para todo lo que no sea su cerrada especialización. Ese *autoctonismo* espiritual que con mayor suma de manifiestos que de obra convincente, muchos proclamaban como expresión de desafío y candorosa jactancia, consistía para nosotros en la incorporación consciente y en el otro matiz diferenciado que pudiésemos expresar en la clave común de la cultura occidental. En América se siguen hablando los viejos idiomas de Europa; Shakespeare, Cervantes y Camoens son los clásicos de nuestras dos grandes zonas continentales, y el viaje de regreso a las raíces de

nuestra cultura conduce forzosamente a las playas del Mediterráneo y a la prosa platónica. (Esto, si por sobre la querrela de las razas y pueblos no hubiese un legado de cultura supraétnico, supranacional).¹

ENTRE LA ANGUSTIA Y LA ESPERANZA

Por muchas razones, la vida de Picón Salas estuvo signada por la angustia, que a veces alcanzaba grados de verdadera desesperación. No en el orden personal, pues su origen social, así como la condición de intelectual de renombre y alto prestigio, ambos adquiridos bastante temprano, le permitieron gozar de una vida cómoda y placentera, sin que para ello haya tenido necesidad de poseer cuantiosas bienes de fortuna. Más bien puede decirse que vivió siempre como un intelectual burgués, con limitados recursos económicos, pero en todo caso suficientes para atender con desahogo a sus necesidades. Su angustia tuvo, pues, otras causas. Y es que en su vida hubo siempre un desajuste entre lo que pensaba y sentía, entre lo que anhelaba y perseguía, y lo que le daba el mundo en que le tocó vivir. En su vida hubo siempre un cierto desfase entre sus aspiraciones, y lo que el tiempo en que vivió era capaz de proporcionarle. Buena parte de su vida, los años juveniles de formación y afianzamiento moral e intelectual, hasta los comienzos de la madurez creadora, transcurrieron, como ya hemos visto, lejos de su país, por escapar del clima atosigante y esterilizador de una dictadura como la de Juan Vicente Gómez. Fueron años tranquilos y en cierto modo felices, hasta donde lo es posible cuando se vive en el exilio. Las páginas que nos dejó de esa etapa de su vida revelan la armonía que logró entre su espíritu, y el clima reinante de un país que, en medio de graves problemas sociales, parecía marchar, no obstante, sin los sobresaltos y la violencia que habíamos padecido en casi todos los demás países de nuestra América a raíz de la Independencia, en la búsqueda de su destino histórico, impulsado sobre todo por una educación de alta calidad y un desarrollo cultural mayor que en casi todo el resto del Continente.

Luego, cuando a la muerte del dictador regresa a su patria, y se pone a su servicio para colaborar en la difícil tarea de la reconstrucción de sus maltrechas instituciones —que en muchos casos era edificación desde los cimientos, porque tales instituciones no habían existido nunca— el mundo es sacudido por la vesania inexplicable que conduce a la Segunda Guerra Mundial.

Para un hombre como Picón Salas se trata del fracaso de la civilización humana, vale decir, el fracaso del Hombre. Ver de cerca cómo la Europa de los máximos niveles de la cultura; del pensamiento filosófico más elevado y, al mismo tiempo, más profundo; de la música más exquisita; de las artes en general más maravillosamente desarrolladas, cae de pronto en insólitos niveles de abyección y envilecimiento, desatadas las más primitivas fuerzas destructivas, que miran con absoluto desprecio la vida humana, y para quienes la crueldad y la vesania no tienen límites, es algo que no encuentra explicación ni siquiera en las teorías más pesimistas acerca de la conducta humana.

1. MARIANO PICÓN SALAS: "Europa-América". Cuadernos Americanos. México; 1947. pp. 10-11.

Picón Salas, como ya dijimos, vivió en Europa en los años que precedieron a la guerra, y pudo captar los inquietantes síntomas de la grave crisis que desembocaría de manera fatal en la hecatombe. Su angustia ante aquella realidad fue la angustia de su generación, de los hombres y mujeres que, en Europa y en el resto del mundo, vieron de pronto traicionada su confianza en la inteligencia.

Picón Salas no fue, sin embargo, de los que por la vía de la angustia y la decepción desembocaron en el pesimismo existencialista. Su confianza en la inteligencia lo llevó más bien al rechazo de toda concepción pesimista, a la seguridad de que la reconstrucción de la civilización europea sería obra de los mismos europeos: "Europa se reeducaría" escribió en el citado prólogo de 1946 "volviendo a lo mejor de sí misma, releyendo en las escuelas a sus filósofos y moralistas después que pasase el estrago y la imposición de leer a "Mein Kampf".²

Esta convicción nacía, además, de la comparación entre la civilización europea y la civilización estadounidense, y del rechazo, por el conocimiento de esta última, del mesianismo americano que hizo pensar a muchos que, superados los años de la guerra, los Estados Unidos asumirían la tarea de reconstruir la devastada cultura europea. Con el tiempo, los hechos han convertido en realidad la predicción de Picón Salas.

Lo cierto es que para el ilustre ensayista venezolano, entre los años 30 y 40 la humanidad entró en una de las más profundas crisis de su historia, no sólo, a sus ojos, en el orden económico, sino también, y con especial gravedad, en el ámbito moral. Fue, sin embargo, a su modo de ver, una crisis de prueba, en que el Hombre pareció someterse a sí mismo a una dura, y a veces cruel confrontación, como para medir su capacidad de sobrevivencia:

...la misma Cultura europea y toda la Cultura había entrado en una hora de prueba, de tan serio desgarramiento, como acaso no lo conoció la Historia desde los días finales del Paganismo. Conspiraban contra nuestro legado espiritual fuerzas tan coléricamente iconoclastas como el espíritu de secta, y aquello que Ortega y Gasset denominó "deshumanización". No sólo la "deshumanización" del Arte sino también de la Ciencia y de todos los productos del espíritu que parecían proclamar su autonomía frente al espíritu mismo. De las manipulaciones de laboratorio o del abandono onírico del artista surrealista, surgían monstruos que circulaban o vivían más allá del control de la conciencia fiscalizadora.

Era, paradójicamente, la última empresa faustiana y la primera gran empresa de regresión universal. Aquel cansancio de ser "cultos" y de aceptar los cánones y formas que exige toda Civilización, que empezó a expresarse desde el siglo XVIII en la utopía rouseauniana, arribaba a su extrema consecuencia. Los nazis, por ejemplo, no eran los "buenos" salvajes invocados por el pensador ginebrino sino los "malos" salvajes. La liberación de la Cultura no nos devolvía, precisamente, al estado de inocencia y de dulce primitividad natural, sino al aullido del pitecantropo. Los hombres que descoyuntaban, simultáneamente, el Derecho y la Cortesía, no se ponían de acuerdo con la naturaleza maternal soñada por Rousseau, ni tañían la zampoña de todas las idealizaciones pastoriles, porque más que el ambiente de las églogas retornaban a una feroz prehistoria moral, anterior a todo acuerdo o contrato. Por una especie de darwinismo al

2. *Ibidem*, p. 12-13.

revés, en lugar de avanzar hasta nuestros más refinados nietos, nos encontramos con nuestros bárbaros y peludos abuelos primates.³

La caída brutal tenía que sacudir un espíritu tan sensible como el de Picón Salas, quien de pronto recibía el impacto de una realidad que ponía en duda la inteligencia humana en la cual tanto se había confiado. Sin embargo, aun cuando el choque fue catastrófico, no alcanzó a destruir aquella fe en el Hombre y aquella confianza en la capacidad humana para la rectificación y el afianzamiento moral.

Después de lo que él llamó su "itinerario europeo", trasvasado en lo que también él bautizó como su "angustiada crónica de estos días", Picón Salas concentra todos sus talentos y sus esfuerzos en la tarea de servir a su país, aún en ruinas como lo dejó la dictadura, a sabiendas de que el servicio a la humanidad y al mundo comienza por el servicio al propio país y a sus conciudadanos.

En concordancia con lo que pensó toda su vida, puso en la educación sus mayores preocupaciones, convencido de que sólo por esa vía podría lograrse el objetivo de edificar un país moderno partiendo de sus escombros. La tarea pedagógica se cumple entonces en un doble frente: por una parte, como funcionario del Ministerio de Educación Nacional alienta una reforma a fondo del sistema educativo, que da paso a la modernización de nuestra enseñanza. Por otra parte, escribe a menudo, y de su pluma afanosa salen páginas que, al mismo tiempo de reflejar su amorosa preocupación por el futuro del país, señalan rumbos y proponen metas. El ensayista se va aquilatando en el ejercicio constante de la escritura.

Pero la realidad circundante —la inmediata, del país, y la más lejana, del resto del mundo— parece empeñada en minar aquella fe en el Hombre y en la Civilización. Dentro del contexto aterrador de la guerra y de sus secuelas de violencia y depredación, en Venezuela se suceden también hechos que alarman y angustian aun a los seres más equilibrados y optimistas.

Los acontecimientos que se inician con el derrocamiento, mediante un golpe militar, de un gobierno legítimo y democrático, en 1945, desembocan en 1948 en una nueva dictadura, que llega hasta 1958. Son años de desilusión, de nuevas angustias, de desengaños que ven tambalear la fe y la confianza en el país, en el mundo y en el Hombre.

LA HISTORIA QUE NO AVANZA

Uno de los temas que más atraen su atención de pensador y ensayista es el contraste entre la gloria que su país alcanzó en el pasado, y la miseria moral a que se había llegado. Era incomprensible cómo aquel país que dio muestras de desprendimiento, de heroísmo puesto no sólo al servicio de sí mismo, sino también de la libertad de otros pueblos, en lugar de empinarse en ese pasado glorioso para alcanzar las más elevadas cotas de dignidad y progreso moral, se había ido

3. *Ibidem*, p. 16-17.

deteriorando hasta llegar a un estado de verdadera postración, en que los gobernantes sólo ambicionaban el poder para hacerse de prebendas y riqueza fácil, explotando y reprimiendo al pueblo, sin ningún sentido de la historia, mientras el pueblo languidecía en la miseria, la ignorancia y el aburrimiento:

Casi había un contraste trágico entre la ambición y grandeza de nuestra Historia, cuando en el período de la Independencia los venezolanos ganando batallas, formando repúblicas y haciendo leyes se desparramaron por media América del Sur, y en lo que habíamos terminado siendo. Eramos un poco Don Quijote después de su última y desventurada salida, y estábamos dispuestos a contar nuestro cuento nostálgico al bachiller, al cura y la sobrina. En nuestra literatura novelesca, hasta el Modernismo, son casi personajes insistentes la espada, el kepis y el uniforme que el abuelo o el lejano tío lucieron en Ayacucho y que se decoloraban, viejos de tiempo, desengaño y cansancio, en el desván de la casa familiar hipotecada y retrovendida. La mujer un poco muda y resignada en la literatura venezolana hasta los días actuales apenas forma parte del coro trágico y acompaña a llorar. Hasta los cuentos de José Rafael Pocaterra y Rómulo Gallegos, estas musas de nuestra tierra caliente guardan las flores del novio que se fue; rezan y suspiran en voz baja. Parecen los testigos y acompañantes del continuo desastre que hicieron los hombres: guerrilleros, políticos, aventureros, soñadores frustrados o simples "balas perdidas" de una familia en trance de desintegración.⁴

Aquí está dicha la palabra que mejor resume el sentido de esa realidad: desastre. Es un verdadero desastre lo que ha ocurrido en nuestro país, desde aquellos tiempos gloriosos en que derramamos libertad por todo un Continente, y el presente salido de la guerra; de las montoneras; del caudillismo; de las dictaduras primitivas y depredadoras; de la demagogia; del encono partidista; de la explotación irracional de los recursos naturales, incluido el hombre; del asalto a las arcas públicas; de la administración del país como si fuese la hacienda particular de un latifundista sin escrúpulos, devenido en gobernante sin las luces ni el equilibrio necesarios para tan delicada tarea; de la inteligencia puesta al servicio de los tiranos primitivos y semianalfabetos... La consecuencia más visible de ese desastre es que, a la muerte de Juan Vicente Gómez, el país padece un retraso enorme con respecto a la hora del mundo. Por ello la primera tarea que corresponde a los hombres y mujeres de la generación de Picón Salas es acelerar la marcha de las cosas, poner a andar el reloj que se había detenido:

Podemos decir que con el final de la dictadura gomecista, comienza apenas el siglo xx en Venezuela. Comienza con treinta y cinco años de detardo (...). (...)

Los desterrados, principalmente los jóvenes que regresan a la muerte del tirano, traen de su expedición por el mundo un mensaje de celeridad. Era necesario darle cuerda al reloj detenido; enseñarles a las gentes que con cierta estupefacción se aglomeraron a oírlos en las plazas públicas y en las asambleas de los nacientes partidos, la hora que marcaba la Historia. Con todos los defectos, abundancia y explicable impaciencia de los recién

4. MARIANO PICÓN SALAS: "Comprensión de Venezuela". En: *Viejos y nuevos mundos*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1983. p. 10.

venidos, se escribe en los periódicos de 1936 el balance patético de nuestras angustias y necesidades.⁵

Picón Salas estaba entre esos “jóvenes que regresan a la muerte del tirano”. Pero a poco su entusiasmo inicial se va a estrellar contra una dura realidad. Las cosas comienzan a marchar, es cierto, de un modo distinto de como lo habían hecho hasta entonces. La muerte del dictador provoca una reacción natural, al principio de desbordamiento, inevitable en un pueblo que había estado contenido tanto tiempo. Además, el momento es propicio para la eclosión de lo que venía produciéndose de modo soterrado bajo la dictadura. Pues si bien es cierto que los años de dura represión produjeron un estancamiento, y hasta un retroceso en muchos aspectos de la vida nacional, también es cierto que en forma clandestina se manifestaba un incipiente fermento de rebeldía, sobre todo a raíz de los sucesos de los años 28 y 29, que pusieron en evidencia lo falso y precario de la paz impuesta a la fuerza por la dictadura.

Aunque de modo casi simbólico, había en el país una organización política clandestina, con células que funcionaban de modo rudimentario, incluso en las propias cárceles donde se amontonaban los prisioneros políticos. Y aunque no existían sindicatos de ningún tipo, pequeños núcleos de obreros y artesanos comenzaban a reunirse y organizarse de manera subrepticia, y se formaban minúsculos círculos de estudio donde se hablaba de los más avanzados movimientos políticos e ideológicos, y hasta de los logros alcanzados por los revolucionarios en diversas partes del mundo.

De modo que cuando muere el tirano, en 1935, algo había en latencia, que inevitablemente tenía que salir a flote, una vez rotas, aunque sólo en parte, las contenciones impuestas por la represión. A lo cual se une, por supuesto, la llegada al país de los centenares de exiliados, que venían de países donde habían tenido un aprendizaje fecundo y directo acerca de las luchas políticas y sociales. Todo ello crea un clima nuevo, en medio del cual el país despega hacia el futuro.

Sin embargo, para ciertos espíritus, como el de Picón Salas, las cosas van tomando un cariz que no es el más recomendable. Aunque de ideas políticas avanzadas, Picón Salas es un hombre de naturaleza pacifista, para quien la impaciencia es mala consejera, y sólo la evolución, en medio de un clima de paz y sosiego, puede conducir sin traumas a las metas que se ansían. Es paradójico que él, que comprende el atraso histórico del país al salir de los treinta y cinco años de despotismo, y la necesidad de echar a andar el reloj de la historia que se había detenido, según su propia metáfora, piensa al mismo tiempo que la marcha debe ser más lenta, para que sea segura. Y no comprende que esa “explicable impaciencia de los recién venidos”, que se expresa en los escritos periodísticos, y para la cual se muestra tolerante, es la misma que, cuando se manifiesta en la calle y por gente en quienes opera más el acicate de las penurias y las necesidades que las urgencias ideológicas o intelectuales, revienta en acciones violentas y perturbadoras.

La violencia es el estímulo más alarmante que desata la angustia de aquel espíritu hecho para el sosiego y la calma. El gran drama de Picón Salas es que

5. *Ibidem*, p. 17.

le toca ser testigo de una violencia que a su país le viene por tradición, que los años transcurridos no han apaciguado en grado suficiente, y aún se manifiesta en circunstancias traumáticas que atormentan su espíritu:

Quizás los estallidos de desorden que frente a la voluntad de orden democrático siempre se produjeron en el país, sean también un sutil y complicado problema de cultura colectiva. En 150 años de vida independiente no hemos podido aprender todavía el buen juego de la política como se puede practicar en Inglaterra o en los países escandinavos. Hay que continuar civilizando la política como todas las actividades humanas, como el deporte, el amor o la cortesía. Hay que enfriar a los fanáticos que aprendieron una sola consigna, se cristalizaron en un solo "slogan" y no se afanarán en comprender y discutir lo distinto para que no se les quebrante su único y desesperado esquema. Hay que sacar a muchas gentes de las pobres fórmulas abstractas que mascullan con odio y sin análisis, para que por un proceso fenomenológico (tan característico del pensamiento contemporáneo) definan el hecho y la circunstancia concreta. Hay que acercar nuestra Cultura no sólo al siglo xx que ya está bastante canoso sino al siglo próximo que emerge en la inmediata lejanía, con sus promontorios y cordilleras de problemas. Contra la idea de una catástrofe y retaliación universal donde la sangre del hombre sería el combustible revolucionario, brota también en nuestra época una más humana esperanza. La Ciencia, la Técnica y sobre todo el fortalecimiento de la conciencia moral, pueden ayudarnos a ganar las nuevas batallas y aventuras del hombre sin necesidad de "paredones" y guillotinas.⁶

Es admirable, con todo, que ante aquel panorama aún conserve su optimismo, basado en la suposición de que la Ciencia, la Técnica y, sobre todo, "el fortalecimiento de la conciencia moral", es decir, la educación en suma, podrán ayudar al hombre a lograr su destino histórico, sin necesidad de apelar a la violencia como recurso decisivo. Esa confianza en la educación —que en última instancia no puede ser sino confianza en el Hombre, como sujeto apto para ser educado, pero también capaz de producir los mecanismos para su propia educación— le durará hasta el final. En uno de los ensayos que forman su libro "Regreso de tres mundos", un texto autobiográfico de muy hondo contenido conceptual, publicado en 1959, cinco años antes de morir, dice, en efecto:

Formar ese orden civil donde florezca la cultura y se respeten las más hermosas obras del hombre, no es solamente tarea de políticos sino de

6. *Ibidem.* p. 20. Es evidente que esta referencia al "paredón" alude a la Revolución Cubana, pues fue una expresión que estuvo muy en boga en los meses iniciales del triunfo revolucionario en Cuba, no obstante que, si bien hubo fusilamientos de connotados funcionarios de la dictadura de Batista, a quienes se les comprobó graves y directas responsabilidades en asesinatos y depredaciones, no se trató de un derramamiento de sangre indiscriminado ni excesivo, como sí ocurrió en la Revolución Francesa, a la que Picón Salas alude también aquí, con el vocablo "guillotina". Picón Salas siempre tuvo una posición enemistosa y de severas reservas frente a la Revolución Cubana, seguramente no sólo por sus convicciones pacifistas y ajenas a todo tipo de violencia, enmarcadas dentro de su ideología claramente socialdemócrata, sino también por la nefasta influencia que en él siempre ejerció, sobre todo en los años finales de su vida, su gran amigo Rómulo Betancourt, líder socialdemócrata de gran sagacidad política, aunque sumamente atrasado en lo ideológico. Bajo el gobierno de Betancourt (1959-1964), Picón Salas ejerció durante unos meses la Secretaría de la Presidencia de la República.

educadores y humanistas. ¡Cuántos modernos Baltazar de Castiglione nos hubieran hecho falta para enseñar siquiera ademanes, sosiego, buena conversación o mejor meditación a tantas gentes que pretendían ser dominadores de la sociedad en nuestro confuso mundo suramericano! Sólo la educación, una inmensa, repartida, inagotable educación, podría vencer los horribles desniveles de pensamiento y conducta que agrietan nuestra existencia colectiva.⁷

Muchos podrán calificar de idealista, y aun de romántica, esta fe en la educación y la cultura como antídotos contra los males de un proceso histórico, en el que el signo predominante ha sido la violencia, y a través del cual se ha desembocado en una inversión de valores que va de lo grotesco a lo trágico. Nada hay de objetable en esa calificación. Lo lamentable es sólo que su idealismo haya conducido a un hombre como Picón Salas a la angustia y, a veces, a la desesperación, al comprender que el rumbo de la historia se aparta cada vez más de ese ideal de paz, de concordia, de respeto a los valores más puros y nobles, y se empeña como en demostrar que el *desiderátum* de felicidad y progreso social que impulsa al Hombre a su tarea de cada día sólo es alcanzable mediante la violencia y el dolor.

No se crea, por lo demás, que Picón Salas ignoraba el contenido en esencia idealista de su posición. El mismo calificó de utopía su pensamiento: "El país es hermoso y promisorio" dijo alguna vez de su patria, "y vale la pena que los venezolanos lo atendamos más, que asociemos a su nombre y a su esperanza nuestra inmediata utopía de concordia y felicidad".⁸

Ese idealismo, además, lo hizo al final poco sensible a la comprensión de los fenómenos sociales que marcaron muy hondo, con su violencia y sus vientos huracanados, los últimos años de su vida, en un país al cual amaba entrañablemente, en la misma medida en que, por ello mismo, padecía por él una profunda mortificación. Los años sesenta, en Venezuela y en casi todo el resto de América Latina —y aun en casi todo el mundo— estuvieron particularmente marcados por luchas violentas, a veces incontenibles, en que a menudo el signo predominante era el furor de los sentimientos más primitivos. El empeño de las fuerzas de izquierda, catalizadas por el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, por conquistar el poder político, arrebatándolo a como diese lugar a la burguesía que lo ha venido detentando desde los años de la Independencia, provocaron en nuestros países un verdadero incendio, en que se consumieron miles de vidas jóvenes, pero también los ideales más altos y sublimes que el Hombre había venido acumulando a lo largo de los siglos.

Fue una violencia de parte y parte, pues si bien quienes pretendían el derrocamiento del poder burgués apelaron a la lucha armada, más de una vez desviada hacia el terrorismo, de igual modo se desató un verdadero terrorismo de estado por parte de las fuerzas represivas y militares. Picón Salas murió en esos días trágicos, justo a mitad de la década amarga, cuando la violencia y el desasosiego alcanzaban en su país las cotas más altas, sin que la muerte le diese

7. MARIANO PICÓN SALAS: "Regreso de tres mundos". En: *Viejos y nuevos mundos*. *Ob. cit.* p. 620.

8. "Comprensión de Venezuela". *Ob. cit.* p. 21.

tiempo para presenciar la derrota de la subversión de izquierda, y el afianzamiento definitivo de la democracia burguesa, en la cual creía con sinceridad, y a cuya orientación ideológica y edificación práctica él mismo había contribuido, desde una definida posición socialdemócrata.

LA IDEOLOGIA SOCIALDEMOCRATA Y EL CONCEPTO DE REVOLUCION

Esta identificación ideológica, en su caso, representaba una posición avanzada, que sin duda le venía por herencia de sus abuelos liberales. Pero en él tenía, además, un aderezo intelectual, que lo llevaba a aquella incomprensión del signo violento, y demasiadas veces trágico, de las luchas políticas y sociales que le tocó presenciar desde muy cerca. El entendía muy bien el concepto de *revolución*, y consideraba justo que ése fuese el objetivo de toda lucha política que sinceramente tuviese como meta la redención de las masas populares, la construcción de una nueva sociedad, sin explotadores ni explotados, donde cada quien tuviese acceso a los bienes materiales y espirituales que el progreso de la humanidad hubiese producido. Pero no concebía esa *revolución* sin el imperio, en su seno mismo, de la decencia, de la bondad, incluso de la cortesía en la relación entre gentes civilizadas, aun cuando se tratase de personas enfrentadas en la lucha revolucionaria.

Sobre el concepto de *revolución* habló muchas veces, e incluso escribió un ensayo, "La palabra revolución", incluido también en su libro "Regreso de tres mundos". Allí define, de manera al par diáfana y dramática, su posición ante al fenómeno revolucionario, que, aparte de haber alentado en el hombre desde tiempos inmemoriales, así fuera como mera intuición casi biológica, había adquirido a partir de cierto momento una jerarquía avasallante, incluso como teoría ideológica, por encima de muchos otros conceptos y valores de la civilización contemporánea.

A partir de la *Revolución Rusa* de 1917, en efecto, el sentimiento revolucionario había rebasado todo interés humano, y alcanzó, según palabras de Picón Salas, una "vibrante vigencia explosiva en los años que precedieron a la segunda Guerra Mundial". Ese fue, en consecuencia, uno de los signos más notorios del período de la historia universal que le tocó vivir a nuestro gran ensayista.

Ahora bien, él percibía un marcado contraste entre lo que entendía por *revolución*, y lo que la *praxis* cotidiana estaba mostrando ante sus ojos. Para él había en el concepto de *revolución* una pureza y una carga humanística enormes, y no concebía cómo en nombre de un ideal tan noble como ése, podían cometerse lo que a su modo de ver eran graves atentados contra la civilización misma que el Hombre había forjado, con tanto esfuerzo, a través de los siglos, y sobre todo cómo podían adoptarse comportamientos que implicaban un desenfadado desprecio por ciertos valores que, para él, eran consustanciales con el concepto mismo de Hombre, de ser humano: "...la idea de Revolución" —escribió en el ensayo mencionado— "era para mí llegar mucho más lejos que a aquel hermético paraíso de bronce en que se trocó la llamada dictadura del proletariado". Y a renglón seguido agregó, para ampliar y precisar esa idea, lo siguiente:

Mi choque con los sectarios fanáticos, los gélidos hombres de partido a quienes solía encontrar en cafés y reuniones nocturnas ofreciendo las teorías del último folleto, procedía del amor a la justicia y de la casi imposible pureza que asociaba a la palabra "Revolución". Mis estudios universitarios de Filosofía estaban impregnados de moral kantiana. Y no concebía acaso con rigidez opuesta ningún movimiento político sin imperativo categórico. No me importaba el reparto comunitario de los bienes de la tierra; que como en la *Utopía* de Tomás Moro nos cambiásemos en un armonioso mercado común lo que producíamos, y yo daría clases o escribiría libros o artículos a cambio de un traje, unos zapatos o unas libras de café, pero disfrutando todos de nuestro derecho al sol y al aire; de pensar y escribir lo que nos soplase la imaginación.⁹

Es obvio que esta idea de la *revolución* se corresponde con el idealismo que ya señalamos en el pensamiento y en la conducta de Picón Salas. El lo dice de manera expresa, cuando confiesa que su idea de *revolución* se asocia con una "casi imposible pureza". Dramáticamente, esa concepción idealista de la *revolución* se torna en angustia y desesperación cuando compara su sentimiento de la misma con la realidad concreta que le ofrecen las revoluciones que en el mundo se han venido produciendo.

Cabría preguntarse si este modo de entender la palabra *revolución*, y el correlato que subyace en su médula, era sincero o, por lo contrario, no pasaba de ser la habilidosa cobertura de un pensamiento reaccionario. Es indudable que tal concepción se nutría de una valoración del Hombre y de la Vida de típido signo burgués, pero no en el sentido crematístico y pragmático en que este término ha devenido, sino en el de los altos ideales del Humanismo. El conocimiento personal y muy de cerca que tuvimos de él, por una parte, y el examen cuidadoso de sus escritos nos permiten asegurar que era sincero, que en efecto creía en la *revolución* como el instrumento necesario para que el Hombre hallara el camino definitivo de su progreso y su felicidad, y, lo que es más, que tenía el firme convencimiento de que la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista era indispensable para el logro de esos ideales.

Nada, pues, más alejado de un posición reaccionaria que su pensamiento político. Su inequívoca censura del capitalismo demuestra que para él el problema del mundo contemporáneo no era simple cuestión de comportamiento individual o colectivo, que la psicología científica podría encargarse de corregir. Era una cuestión de *sistemas*, de la necesidad de transformar desde la raíz el sistema de vida y de producción que impera en la sociedad capitalista, porque en la base de la misma está el fundamento irreparable de su injusticia y de su perversidad.

Los primeros enjuiciamientos que hace Picón Salas del sistema capitalista corresponden a sus páginas juveniles. En su libro "Europa-América", escrito poco tiempo después de su regreso de Chile, a raíz de la muerte de Juan Vicente Gómez, reseña su primer viaje a los Estados Unidos con un descarnado sentido satírico, que a veces pasa de lo irónico a lo sarcástico. La comparación que entonces hace de ese país con la Europa que —aunque severamente herida por el nazismo y el fascismo; por la claudicación de las democracias burguesas, que traicionaron su propio ideal democrático al dar la espalda a la España republicana,

9. "Regreso de tres mundos". *Ob. cit.* p. 590-591.

y por la guerra— sigue siendo para él la cuna del Humanismo, “el mundo de la Cultura, de todas aquellas cosas imponderables y exquisitas que nos dan los libros franceses o las piedras y las pinturas italianas, el paisaje histórico que poblamos de sueños. . .”,¹⁰ esa comparación conlleva implícita una condena radical de una forma del capitalismo que, aunque ha nacido en Europa, ha tomado de ésta sólo los elementos económicos del maquinismo y la Revolución Industrial, y los ha llevado a los máximos niveles de refinamiento, pero se ha despojado de los valores intelectuales del Humanismo y la Filosofía burguesa, trocada ésta en un grosero pragmatismo de predominante expresión crematística.

Su fe en los valores humanísticos de la cultura europea lo lleva, incluso, a prever para la Alemania de 1937, envilecida por el nazismo que amenaza con destruir la civilización tan lenta y difícilmente edificada, la posibilidad de salir de su profunda crisis con la sola vuelta a sus principios morales e intelectuales. En el ensayo titulado “Meditación alemana”, del citado libro “Europa-América”, dice estas palabras que, por el momento en que las escribe (1937), resultan proféticas:

Para volver a ocupar su sitio de preeminencia dentro de la Civilización occidental, Alemania tendrá que leer de nuevo a Goethe y a Kant, olvidando las necias declamaciones de Rosenberg, que es el filósofo privado del Führer. Aprenderá otra vez en sus grandes espíritus que lo “germano” no tiene por qué oponerse a lo “clásico” y a lo “cristiano”; que como en el símbolo profundo de Goethe puede otra vez realizarse en obsequio de la unidad de Europa, el matrimonio de Fausto y Helena.¹¹

Pero no se crea que este enjuiciamiento descarnado del capitalismo, tomando como modelo su más alta expresión, la sociedad de los Estados Unidos, fue sólo un juvenil acto ritual, al que parecen sentirse obligados todos los intelectuales y los políticos hispanoamericanos antes de los 35 o los 40 años. Dos décadas después de aquellas palabras de 1937, en el mencionado ensayo “La palabra Revolución”, reitera y aun amplía y fortifica su alegato contra el capitalismo como sistema deshumanizado que, en vez de hacer la felicidad del hombre mediante una justa distribución de las enormes riquezas producidas por su esfuerzo y su inteligencia, mas bien acentúa las desigualdades, acrecienta la miseria y afianza las injusticias sociales, al par que esteriliza la espiritualidad consustancial con la condición humana. Aunque sin estridencias ni radicalismos, las palabras de Picón Salas son precisas e inequívocas:

Traduciendo mi sentimiento juvenil de aquellos días, “Revolución” se llamaba lo que transformaría progresivamente los males de la sociedad. Que hubiera menos miseria; que la máquina ya no monopolizada por el capitalismo aliviara la pesada carga de agobiante trabajo manual que aún pesa sobre las masas proletarias; que no hubiera gentes sin nutrición, vivienda y vestido, y no sólo las minorías adinaradas o subvencionadas tuvieran derecho a la educación y la cultura. En nuestro mundo suramericano, servilmente atado a las grandes potencias que imponen al mundo sus sistemas de economía y estilo de vida, tan soñada Revolución formaba

10. *Europa-América. Ob. cit.* p. 27.

11. *Ibidem.* p. 59.

parte de un inconcluso capítulo de la Independencia nacional que no terminó cuando Bolívar y Sucre dieron en el Perú las últimas batallas contra los españoles; cuando los diplomáticos firmaron en Madrid y Londres tratados de paz y comercio recíproco; o cuando Mr. Monroe quiso proteger las Américas de las posibles agresiones de la Santa Alianza. Pero ¿no trabajamos todavía como siervos coloniales para las grandes potencias y los consorcios; no les entregamos todas nuestras materias primas para que ellos las transformen, manufacturen y vendan; no pagamos a precio de usura las líneas de ferrocarril y los empréstitos que nos concedieron? ¿No levantaba el desarrapado “roto” chileno sus lingotes de cobre, y el ovejero de Patagonia sus libras de lana, para que se las llevaran por poco precio las foráneas empresas inversionistas? Aquel capitalismo erigido sobre pirámides de universal miseria ¿no apoyaba dictaduras y regímenes de fuerza en casi toda América Latina para que las masas no pidieran más alfabeto, más salario o más comida?¹²

El problema es que aquella fe en la *revolución*, como instrumento que debería librarnos de las injusticias e iniquidades del capitalismo, terminó en frustración. Porque si bien las revoluciones realizadas en algunos países, dotaron a muchos pueblos de mejoras sustanciales en las condiciones de vida y de trabajo, el precio por ello fue un nuevo estrangulamiento de las libertades ciudadanas, que para un espíritu tan liberal como Picón Salas eran sustanciales e imprescindibles en una sociedad, aunque en ésta se garantizase el disfrute de otros derechos, como la salud, la educación y el trabajo remunerador.

De manera que el mundo se vio de pronto como cogido en las pinzas gigantes de una doble frustración: de un lado el capitalismo deshumanizado, explotador e inicuo en la distribución de las riquezas, y del otro, la contraparte de una sociedad salida de una revolución cuyos principios humanísticos no llegaron a realizarse, y por ello no pasó de ser, según sus palabras, “aquel hermético paraíso de bronce en que se trocó la llamada dictadura del proletariado”.

Aunque el pensamiento de Picón Salas siempre estuvo dentro de los esquemas de la socialdemocracia, fue uno de los intelectuales venezolanos, y latinoamericanos en general, más catastróficamente afectados por las terribles desviaciones del estalinismo. Con la advertencia, sin embargo, de que en él fue una posición sincera y honesta, y no, como en muchos otros, una grotesca coartada oportunista para desertar de lo que antes fueron y pensaron, ni para dar un salto mortal hacia posiciones que les garantizasen prebendas materiales, y la benevolencia de aquellos poderosos a quienes antes denunciaron y combatieron. Lo de Picón Salas no fue el clásico “pasarse al enemigo”, en busca de hacerse perdonar arrestos juveniles de iconoclasia y de ardorosos radicalismos. Para él la cuestión era mucho más seria, y fundamentalmente honesta. Se trataba de que el fracaso de un ideal revolucionario, llamado a sustituir el capitalismo deshumanizado y depredador, había significado a la larga la más trágica paradoja de la historia: “Que la anunciada revolución con que soñaban los socialistas humanitarios del siglo XIX —escribió en otro de los ensayos de su “Regreso de tres mundos”— no logró la libertad intelectual, sino quiso implantar, por el

12. “Regreso de tres mundos”. *Ob. cit.* p. 591.

contrario, un mundo más limitado y más tonto, es la horrible paradoja de nuestra época".¹³

CONTRADICCIONES IDEOLOGICAS

Es lamentable, esos sí, que el idealismo de sus posiciones, en esencia hermoso y encomiable, lo encerrase en algunas incomprendiones que lo llevaron a confundir unas cosas con otras. Podría concedérsele alguna indulgencia a la identificación del *nazismo* con el llamado *socialismo real*, flagrantemente antihistórica aun a pesar de los excesos del estalinismo. Pero resulta muy cuesta arriba otorgarle comprensión a la que pretende atribuirle, así sea por vía de insinuación, la misma naturaleza a la lucha de los fascistas franceses de la OAS contre De Gaulle, por su actitud favorable a la independencia de Argelia, y a la del ELN argelino que combatía por su libertad y su soberanía. La elegancia con que está escrita la página que sigue, en que evoca sus días parisienses, no excusa su confusión y su inconsistencia ideológica:

Cada día de esta primavera me gusta salir temprano de casa; recorrer mi barrio, comprar contradictorios periódicos y mirar y reflexionar las inscripciones que dejaron en las murallas esos militantes políticos que ejercen una especie de periodismo insomne y anónimo. De los clandestinos clubes activistas se difunden en organizado secreto las consignas que despertarán a los parisienses junto con la leche y el "croissant" del desayuno. El odio, más que el amor, se expresa en estas "grafitos" urbanos, pues si algún fervoroso adolescente pudo escribir allí un "Viva Brigitte Bardot", predominan más los "muera" y los "abajos". Ahí emergen para el sociólogo las palabras de ese deseado "Diccionario moderno" de la mentira que debe completar al "moderno Larousse". Porque el presidente De Gaulle dijo que el destino de Argelia en un momento en que todo colonialismo está muriendo debe resolverse por la "autodeterminación de los argelinos", lo que es tan sólo la aplicación honestísima de la muy francesa, democrática y universal teoría de la soberanía del pueblo, los rabiosos "ultras" que manchan las murallas del barrio, lo comparan con el señor Thorez, conocido y anciano jefe del partido comunista. Escriben, por ejemplo, "De Gaulle = Thorez" o "la cruz de Lorena (conocido símbolo usado por el General durante la resistencia francesa) = la hoz y el martillo". "Liberez les patriotes", "Liberad los patriotas" significa para la misma enfurecida extrema derecha que no debería haber procesos ni justa reclusión para los que se amotinaron contra el gobierno legítimo y colocaban en casas y servicios públicos algunas cargas de "plastic".

Este barrio (contra mis gustos de ciudadano sencillo) es orondamente burgués y parece haber sido elegido preferentemente por los "ultras" activistas para su guerra de murallas, pero si pasáramos a una de sus calles pobres, pintorescas y camorristas donde suelen vivir los argelinos, las palabras y consignas cambiarían de significación. Los "patriotas" (palabra tan repetida por la derecha y por la izquierda) ya no serían los amotinados franceses contra el gobierno, sino los grupos árabes más radicales

13. MARIANO PICÓN SALAS: "Visita a los malos salvajes". En *Viejos y nuevos mundos*. Ob. cit. p. 496.

que practicaban otra especie de terrorismo. ¿Quiénes son, pues, los patriotas?, cabe inquirir con el mayor escrúpulo semántico al pasar de una zona a otra de París.¹⁴

El error, en este caso, reside en creer demasiado al pie de la letra que el valor semántico de las palabras reside en la condición de quien las emplee. Ello es cierto en muchos casos, pero la inteligencia del lector le permite distinguir cuándo el vocablo conserva su valor intrínseco, y cuándo se trata de un valor —o contravalor, según los casos— connotativo. El patriotismo de quien lucha por la libertad e independencia de su pueblo no puede ser mayor o menor, según los métodos que emplee en esa lucha, aunque éstos puedan ser equivocados y dignos de condenación. Y resulta inexplicable que para un demócrata, que ha demostrado además ser en extremo sensible frente al valor humano de la libertad, no haya siquiera un matiz de diferencia entre el patriotismo indiscutible del luchador por la libertad de su patria —el de los argelinos, qué duda cabe—, y el sedicente patriotismo de quienes pretenden cercenar esa libertad, aun en contra de la voluntad mayoritaria de su pueblo, e impulsados, antes que por sentimientos de verdad patrióticos, por intereses egoístas y de dudosa moralidad social.

Hay en esto, sin duda, una contradicción, y las hubo otras veces en el ideario de Mariano Picón Salas. Mas ello no debe sorprendernos, ni llevarnos a la condena irracional de todo su pensamiento, pues en el mundo convulsionado y desconcertante en que nos ha tocado vivir, la contradicción, cuando está sustentada en la sinceridad y la honradez, como en su caso, y no en el oportunismo, parece ser uno de los signos de mayor vitalidad del hombre contemporáneo. Por lo demás, en el balance que hoy podemos hacer de la vida, el pensamiento y la obra de Mariano Picón Salas, pesa mucho más lo positivo que lo negativo.

Caracas, junio/1988.

14. *Ibidem.* p. 495